

influir directamente en el alma y en el corazón del hombre. Una cuestión fluye naturalmente de aquí. ¿Fue más feliz el Paraguay sometido al régimen de los jesuitas, ó lo ha sido después, cuando, proclamada su independencia, se ha gobernado por leyes y mandatarios instituidos por él mismo? Allá, cuando un religioso presidía en nombre de la fe una sociedad compuesta toda de familias cristianas y les inspiraba los principios necesarios para la conservación del orden social, reinaba entre todos los ciudadanos de esa república una perfecta armonía, los vicios rara vez aparecían, y cuando esto sucedía la reprobación general que recibían era el principal castigo que sufría el delincuente; la sumisión á la ley y á los que administraban la justicia en nombre de esta, era uniforme y, por consiguiente, los derechos de cada uno eran respetados religiosamente. Estos hombres eran instruidos por sus sacerdotes en los deberes cristianos y sociales; tenían escuelas donde sus hijos eran educados con esmero; tenían derecho para pedir que se les enseñase la profesión ó el arte á que su genio ó su carácter les inclinaba y esta nueva instrucción se les daba tan gratuitamente como la primera. El territorio de las misiones estaba cruzado por caminos practicables á toda clase de personas y cuya conservación se hacía por cuenta de la parroquia; los pueblos más lejanos podían comunicarse entre sí muy fácilmente. ¿Y son estas hoy las circunstancias del Paraguay? ¿Son aquellas las de sus habitantes? Vamos á verlo; los hechos lo dirán, nosotros referiremos lo que hemos observado; la respuesta dédzcala cada cual.

CAPÍTULO XVI

Expulsión de la Compañía. — Abandono de las misiones. — Los pueblos de indígenas se disuelven á pesar de los esfuerzos del gobierno. — Observación á un literato brasileño. — La revolución. — Dictadura del doctor Francia. — Antecedentes de este individuo. — Los subterráneos del Hospital. — Lances que estremecen. — Extranjeros detenidos. — El Paraguay cerrado. — Ocupaciones permitidas á ciertas víctimas. — El paseo de la tarde. — Terror pánico de todos.

La expulsión de los jesuitas fue el principio de una era de calamidades, de contratiempo y de ruina para el Paraguay. Los que nada buscaban persiguiendo á los jesuitas fuera de sus propios intereses, no lograron su objeto, porque esos tesoros que suponían acopiados en las arcas de los misioneros, no existían sino en ciertas imaginaciones exaltadas y crédulas á la vez. Los que veían abrirse para sus especulaciones nuevas regiones que les habrían de reportar ganancias desmedidas, encontraron burladas sus esperanzas por el carácter de los indígenas que les hizo alejarse de los pueblos y renunciar al trabajo y al comercio cuando les faltó el estímulo de sus misioneros, y los hombres de la administración, en fin, que

pensaron en sus criaturas luego que hubo un país mas que gobernar y nuevos empleos de que disponer en él, nada encontraron cuando llegó el tiempo de tomar razon de esas comarcas poco ántes ricas y florecientes. El territorio de misiones no tardó en volver casi á la barbarie despues que fueron expulsados los que le habian introducido la fe y la civilizacion.

La política exigia que el puesto que dejaban los jesuítas fuese ocupado inmediatamente, y esta fué tambien la intencion del rey de España cuando les hizo salir del Paraguay. Mas era ardua empresa llenar aquellos lugares con hombres dignos de suceder á quienes los habian ocupado. No queremos tocar pormenores que pueden herir á gobiernos y á corporaciones que respetamos, y mucho mas cuando lo que nosotros podriamos decir, con mayor elocuencia lo explica el hecho que presenciarnos de las misiones abandonadas y de sus fieles dispersos. Los campos de donde ántes se exportaban ingentes cantidades de tabaco y yerba mate, hoy están incultos y no presentan ni al gobierno ni á los especuladores mas ventajas que las que pueden ofrecerles los valles y las selvas del Gran Chaco. De este modo la Providencia da á los réyes y á los pueblos lecciones que les enseñan no poder destruir las obras que Ella inicia y desarrolla, sin prepararse para soportar las consecuencias de su proyecto temerario.

Grandes fueron los esfuerzos del rey para sostener las misiones y los pueblos fundados por los jesuítas en el Paraguay, y bien claro nos lo hacen ver una serie de reales cédulas comunicadas á los capitanes generales de la Plata y de Buenos Aires, al obispo de la Asuncion y al

governador de aquella misma provincia. En ellas se dan las órdenes mas terminantes para proveer á las misiones de párrocos, para nombrar corregidores celosos y « capaces de llevar adelante los trabajos que existian por concluir, » para atender al mantenimiento de las escuelas establecidas y para no omitir medio que contribuyese á dar vida á los establecimientos que sostenian los regulares de la Compañía. Pero no todo lo pueden los gobiernos, ni los recursos de la administracion son eficaces en todos los casos. La voluntad de un soberano muchas veces consigue ménos que la de un particular, y los reales decretos que salen de palacio para producir su efecto al otro lado de los mares, dan el mismo resultado que el puñado de arena tirado al mar con el objeto de cegarlos.

No meditaron bastante los que alucinados por relaciones apasionadas escribian : « Si Muratori y Chateaubriand hubiesen conocido los pormenores de las misiones del Paraguay en la época de su expulsion, en vez de los elogios de que las colmaron en el *Cristianismo feliz* y en el famoso *Genio del cristianismo*, habrian vuelto atras despavoridos (1). » Muratori y el vizconde de Chateaubriand al pintar con bellisimos colores las escenas patriarcales que se realizaban en las márgenes del Paraguay y en el seno de naciones cuyo nombre ántes ignoraban los europeos, conocian los negocios que precedieron á la extincion de la Compañía, y apreciaban en su debido valor las relaciones que del Paraguay, del Brasil y de

(1) *Ensayo sobre os jesuitas*. Revista do instituto historico do Brasil, tom. XVIII.

Méjico, escribian contra ellos hombres apasionados. Es muy mal modo de objetar el que hace deducciones sobre hipótesis que ofenden la ilustracion y la cordura de escritores universalmente reputados como sabios y como políticos honrados. Ni el vizconde de Chateaubriand, ni el profundo Muratori habrian celebrado con el entusiasmo del poeta y el aplomo del político, la realizacion de la *República cristiana* en las misiones del Paraguay, si al reverso del desinteres, de la abnegacion y de la constancia que asombran, encontrasen « vicios que les llenasen de horror y les hiciesen volver cara inmediatamente. »

La proclamacion de la república en 1810 hizo al Paraguay Estado libre como lo fueron casi al mismo tiempo todos los demas de la América española. Mas hubo una diferencia muy notable en la marcha que siguieron estos y la que adoptó aquel. El Paraguay, proclamando la república, cerró sus puertas á todas las naciones y protestó « no convenirle el trato con los extranjeros, » mientras que las otras celebraban tratados de amistad y de comercio que enlazaban al Nuevo con el Viejo Mundo. La independencia iniciaba en los Estados de América un gran movimiento comercial é intelectual; aquel ponía en circulacion los capitales que los ricos propietarios habian amontonado durante el coloniaje, mientras que este ponía en contacto las luces del uno y del otro continente para provecho de ambos. Mas en el Paraguay no sucedió así. Este país que poseía tantos elementos de vida y de felicidad, se encerró dentro de sí mismo, se escondió bajo la sombra de sus montes espesísimos y se segregó de todas las naciones. Durante treinta años no

hizo otra cosa que ocultarse, porque los crímenes que se consumaban en su seno ponian el colmo á su humillacion y á su afrenta.

En la historia de la emancipacion del Paraguay figura en primera línea un individuo á quien sus hechos han dado un renombre funestamente célebre. Tal es el doctor D. Gaspar Francia. Muchos años han de pasar ántes que la memoria de este hombre consignada en mil hechos crueles los unos, repugnantes los otros y despóticos todos, pueda ser olvidada por los paraguayos. Hoy, cuando el país en cuyo seno se cometieron está abierto y cuando los lugares que se citan como teatro de esos mismos son visitados de todos los viajeros, á quien no los experimentó se hace difícil ver en un hombre tanta audacia, tanta crueldad y tanto cinismo como aquellos suponen. Pero desgraciadamente es cierto que aquel hombre existió y que durante una dictadura de muchos años tiranizó, no solamente el país como mandatario político, sino lo que es mas doloroso todavía, la fe y la conciencia de los ciudadanos sin excepcion de sexo ni de edad. Desnudo de todo principio religioso y ateo práctico desde muy jóven, Francia miró con el mas alto desprecio cuanto tiene relacion con Dios, con su fe, su Iglesia, su culto y sus ministros. A su carencia de principios religiosos debemos atribuir esa alma estóica, ese corazón duro y ese proceder innoble que forman el tejido de su vida. Él ofrece á la sociedad una prueba mas de que los filósofos fueron siempre funestos á los pueblos que gobernaron, y que no respeta á sus semejantes el mandatario que negando á Dios el respeto que le debe, falta á sus deberes

como hombre. Francia, hijo de un italiano vecino y comerciante de la Asuncion, fué mandado á Córdoba del Tucuman para estudiar la filosofía. Despues cursó en Buenos Aires el derecho y ejerció en su patria la profesion de abogado. Cuando el Paraguay inició su independencia, determinando no ya solamente separarse de la España, sino tambien de las provincias que formaban un solo Estado con Buenos Aires y constituirse en república soberana, Francia fué secretario del gobierno que nombraron los vecinos de la capital para constituir la nueva nacion sobre bases republicanas. Nombrado cónsul en union con otro ciudadano, su carácter fuerte no le permitió tener á medias el poder; le fué fácil librarse de su compañero, y en efecto se hizo proclamar dictador perpetuo del Paraguay (1). La organizacion que dió al gobierno dejó en sus manos el poder de la manera mas absoluta. Fuera de su autoridad ninguna otra permitió acatar ni obedecer, dirigiendo todo su conato á que nadie en el pais mandase sino él. Por eso en su programa de gobierno ninguna cabida tuvieron las Cámaras, ni las Asambleas populares, ni ménos tuvieron cabida otros magistrados que un juez de derecho y otro dealzada, un ministro tesorero, un secretario general de gobierno y un capitan encargado del mando del ejército. Con algunos golpes atrevidos quitó de en medio Francia á los hombres influyentes, ya fuese por sus relaciones de familia ó ya por su talento ó su instruccion. Sin tener tanto valor como le sobraba as-

(1) Año de 1817.

tucia, empleó en sus primeras medidas gubernativas mil manejos indignos de un mandatario y mil traiciones aun mucho mas indignas. Miraba un enemigo en todo hombre que poseyese riquezas ó popularidad, le perseguia en su persona y en sus intereses y no perdonaba arbitrio cuando trataba de hacerle desaparecer. Elevó á los primeros puestos del gobierno á hombres tan oscuros, que el jefe militar del Estado no conocia las letras del alfabeto. De condicion infinitamente susceptible, sospechaba de todos, recelaba de sus mismos amigos y en nadie depositaba su confianza.

Famosos son en toda la América los subterráneos en donde el dictador encerraba sus presos de Estado, que alguna vez fueron contados por centenares. Una denuncia cualquiera, una sospecha desnuda de todo fundamento, conducia á aquel lugar funesto al padre, al esposo ó al hijo que arrancaba del seno de su familia. Allí jamas veían la luz ni tenían el consuelo de recibir noticia de los suyos : reunidos en número considerable en grandes calabozos, la falta de ventilacion, los pesares, la miseria, consumian la vida de estos infelices y muchos morian sin recibir los auxilios de la religion en sus últimos momentos. No podemos pasar en silencio algunos lances que dan á conocer bien el temple de alma del dictador Francia. Habian conducido enfermo á la prision á un hombre respetable por su posicion social : una hermana suya, madre de familia numerosa, quiso visitarle y darle algun socorro : haciendo grandes esfuerzos consiguió permiso, y cuando estuvo dentro, le fué notificado que quedaba presa al lado de su hermano. Murió este,

murió aquella también, y ni el uno ni la otra vieron á los suyos jamás desde que pisaron el terrible calabozo. Esa mujer quizá pagaba un crimen, si crimen podía ser en concepto de Francia no haber violentado la voluntad de una de sus hijas que pretendió para esposa el dictador. Fué mas terrible todavía el suceso del doctor Maiz. Servia este virtuoso sacerdote una parroquia distante de la Asunción. Recibe un día un billete del dictador en el que se le mandaba presentarse á este en muy corto tiempo (1). Sin mas dilacion que la necesaria para tomar las providencias mas urgentes, el presbítero se puso en marcha y al llegar á la presencia del dictador fué conducido por un esbirro á un calabozo. Diez años hacia que permanecía en él; la humedad, la falta de movimiento y algunas enfermedades le postraron de tal modo, que perdió absolutamente el uso de sus piernas. Se abrió una ocasión á media noche la puerta del calabozo y un soldado gritó en medio de este: « Salga fuera el padre Maiz...; venga conmigo. — No puedo moverme, dijo el preso, arrástrame si quieren llevarme. — Veremos si puede, » replicó aquel con una voz brutal. Y tomando de un brazo al tullido sacerdote, le arrastró hasta la puerta. Bien claro comprendió este que se trataba de fusilarle: á diversos compañeros de prision se habia sacado de aquel modo y en aquella misma hora. Pidió se le permitiera confesarse, y por única respuesta fué arrastrado hácia la plaza principal y colocado en esta en el banco de las ejecuciones. Una reaccion terrible experimentó aquí

(1) Nota 3 (c).

toda la naturaleza del enfermo; sus agonias se prolongaron porque sus verdugos gozaban en su padecimiento, y el suplicio era tanto mas cruel para la víctima cuanto ignoraba esta cual fuese la suerte que en aquel momento le preparaban sus crueles enemigos. Cuando llegaba el día, el verdugo condujo de nuevo al doctor Maiz á la prision. Mas como se queria atormentar á unos con la suerte de los otros, no se le llevó ya á su antiguo subterráneo, sino á otro calabozo situado en distinto lugar. ¡ Sus compañeros de diez años le tuvieron por muerto! Yo he conocido á individuos que soportaron quince y aun mas años esa prision y á quienes se permitia tejer telas de lana, coser su ropa y otras ocupaciones semejantes; estos eran mas afortunados que aquellos, pues gozaban al ménos de la luz y tenian ocupacion que les hiciese soportable su existencia; mientras que á los otros, privados de toda clase de consuelo, privados de los recursos mismos de su fe, se les abandonaba sobre un monton de paja en las entrañas de la tierra. Lances son estos que estremecen, ¡ y se cometieron no obstante en el seno de una república y por el jefe que habia proclamado la libertad é independencia de su patria!

Entre los detenidos hubo algunos extranjeros de distincion y á quienes cogió en el Paraguay el cambio político de este país. Si de algun delito pudiera acusárseles habria sido de su arrojo en penetrar hasta aquella remota region, conducidos por su ardiente amor á las ciencias naturales. El dictador se mantuvo firme en su propósito de no permitirles salir del país, sin dar para ello otra razon que la de « no convenir. » Los ruegos y

las amenazas de naciones poderosas, las murmuraciones del mundo entero, nada influían en su conciencia ni pesaban en la balanza de sus resoluciones. Si alguna vez alzó la detención á determinadas personas, fué escuchando nada mas que su egoísmo y previendo las consecuencias funestas que podria acarrearle su extraña política.

El Paraguay quedó reducido en breve tiempo á un estado de completo aislamiento. Las noticias que daban los muy pocos extranjeros que podian escapar de las manos del dictador y las leyes mismas que suspendian todo género de comunicacion con los otros países, hicieron se le considerase ya como una region cubierta con velos misteriosos. Algunos especuladores quisieron aprovechar ese mismo aislamiento y se introdujeron furtivamente con sus mercancías; pero Francia habia organizado una policía vigilante y ninguna de esas tentativas produjo buen resultado. Los comerciantes fueron presos y algunos murieron en los subterráneos. No hay duda que un gobierno sostenido por medios tan violentos no hubiera debido ser durable, mas su jefe conocia bien la situacion del país y el carácter de sus habitantes. Los continuos golpes que su autoridad hacia sentir en todo el Estado á las personas mas distinguidas, inspiraban temor en todos los demas, y les hacia ocultarse para quitar hasta el motivo mas remoto de que se ocupase de ellos el gobierno. Esos golpes que continuamente se repetian arrebatában á la república sus ciudadanos mas instruidos, sus hombres mas honrados y sus miembros mas activos é industriosos, dejaban otros tantos vacíos en una sociedad pobre

de individuos competentes para dirigirla, á la vez que ahondaban mas y mas los cimientos de una durable tiranía.

Francia aparecia mientras tanto como un hombre misterioso é incomprendible; su nombre no era pronunciado ni en público ni en privado sino descubriéndose cada cual la cabeza, y su persona jamas se dejaba ver en reuniones de ningun género. Paseaba cada dia solo y siempre á la misma hora. Esa hora estaba marcada para el pueblo: era la de las seis de la tarde, y desde que sonaba en el reloj público y se repetia en el campanario de la catedral, hasta que este mismo daba el toque de las ocho, estaba prohibido pasearse por las calles que Francia atravesaba en su paseo. Y no solamente esto se prohibia, sino tambien asomarse á la ventana ó á la puerta, para ver al dictador ó encontrar á este de frente ó seguirle por la espalda en aquellas horas.

Su lugar predilecto, aquel adonde concurría diariamente, era la azotea del hospital. Habia sido este grande edificio en la Asuncion el colegio de los jesuitas, y sus almacenes subterráneos, vastos y capaces de contener las provisiones necesarias para las treinta y dos misiones que cuidaban aquellos, encerraban un buen número de las víctimas que sacrificaba para sostener su poder. En sus patios eran ejecutados los individuos que condenaba á morir, y allí mismo fueron sepultados tambien otros que morian, pero cuya muerte quedaba oculta en las sombras del misterio; los cadáveres y los vestidos encontrados en esos sitios revelaron despues estos secretos de sangre y de horror. ¿Qué se proponia Francia visitando

cada día esta mansion? ¿Acaso su alma encontraba placer en el sufrimiento de los otros? ¿O queria excitar la ira de sus enemigos allí atados y encerrados, mortificándolos de nuevo con su presencia? Ignoramos lo que se proponia, pero conociendo su carácter despótico y su propension feroz, no creeríamos que sufriese equivocacion el que respondiera afirmativamente á aquellas cuestiones. El hecho cierto es que todos los paraguayos aparecian poseidos de un terror pánico; que sucesos tan horribles como los que dejamos bosquejados y mil otros que lo son tanto como estos y nuestra pluma se resiste á escribirlos, los habian anonadado de tal modo que parecia ser para ellos del todo indiferente la suerte de la patria, la muerte de la familia y el porvenir, en fin, de sus mas caros intereses. La idea del dictador, de sus decretos sangrientos, de los subterráneos, de los grillos y de los azotes los perseguia por todas partes, y buscaban en la inaccion y en el olvido el único medio que podia salvarlos de aumentar el número de las víctimas sacrificadas por su mano. De este terror nadie se exceptuaba, y las personas á quienes su dignidad y su carácter ofrecia á los ojos del pueblo como sagradas, no eran tales en concepto de si mismas para dejar de creerse expuestas á los rudos golpes del dictador Francia.



CAPITULO XVII

Propaganda protestante. — Supresion de los regulares. — Persecucion del clero. — Religion natural. — Abolicion de los ritos eclesiásticos. — Abolicion de toda clase de enseñanza. — Muerte del obispo Panés. — Horfandad de la Iglesia. — Cinismo del dictador. — Su muerte. — Circunstancias curiosas. — Honóres sacrílegos. — El nuevo gobierno.

Débil el error para luchar leal y francamente con la verdad, aprovecha las agitaciones y las revueltas para obtener ventajas en beneficio de su causa. Cuando el Paraguay conmovido se rebelaba contra la autoridad que hacia tres siglos regia sus destinos, pensó el protestantismo que se le ofrecia una ocasion favorable para hacer su propaganda en aquel territorio que ninguna otra fe conocia fuera de la católica romana. Un tal Cabrera, que en Buenos Aires habia aprendido á ser irreligioso, y dos suizos calvinistas eran los encargados de aquella empresa.

Como medio de obrar sobre los espíritus, llevaban consigo una provision copiosa de los libros mas erroneos y de los mas inmorales que produjo el siglo diez y ocho. Sus trabajos no produjeron el fruto que esperaban; mas